

# ¿QUIERE VD. SER COSMONAUTA EN QUINCE DIAS?

**L**AS estadísticas han dicho que unos 18.000.000 de españoles estuvieron pendientes del televisivo segundo alunizaje humano. Un cosmonauta en la Luna es lo más parecido a un torpe y gordo bebé meón con sus gasas. Yo creo que los españoles han seguido con tanta afición el alunizaje porque esperaban que se cumpliera la profecía secular de que en la Luna se encontrarían vestigios de una antiquísima emigración gallega. De momento, nada conduce a la confirmación de la profecía, pero la parte explorada es mínima y aún queda un amplio cálculo de probabilidades para la esperanza. Otra explicación de tan extraordinario interés puede derivar de la educación para-americana que entre nosotros han ejercido las cintas del Far West y los imposibles telefilms de la serie «Misión: Imposible». Los cosmonautas han pronunciado «Okay» en varias ocasiones, como los vaqueros, y cuando salen de la cuarentena enseñan la brillante, regular dentadura colectiva del pueblo americano, como retaguardia de una sonrisa ampliamente dibujada.

¿Un caso de seducción? Es probable.

Carecemos de datos suficientes como para saber si la desigualdad entre la programación de alunizajes y de matanzas vietnamitas es consecuencia del horror por la violencia que caracteriza a TVE, o si alguna de las cláusulas del acuerdo hispanoamericano de bases conjuntas ya explicitaba las preferencias programadoras de nuestros medios informativos oficiales. En todo caso, el arte de Jesús

Hermida para demostrar que las cosas probables probablemente prueben, con toda probabilidad, algo muy probablemente probable si las pruebas prueban la probabilidad de lo probable, se ha puesto generosamente al servicio de la publicidad USA. Jesús Hermida se

incluso que haya habido más telespectadores españoles que norteamericanos. Ningún locutor norteamericano ha puesto tanto dramatismo, en esos torpes paseos lunares subnormales, como Jesús Hermida. Los programas de divulgación científica complementarios (los del



ha revelado como el Matías Prats espacial que necesitará la épica hispano-norteamericana, más o menos conjunta, de los próximos treinta años.

Creemos que España, más papista que el Papa una vez más, ha puesto más carne en el asador que los propios norteamericanos en esta barbacoa espacial. Ante todo, es probable

señor Miravittles, por ejemplo) parecían planificados por la misma inapelablemente mente que ha creado el «Libro Blanco» de la Enseñanza. En Mataró, han puesto el nombre de un cosmonauta a una de sus calles. En muchos centros escolares se ha encargado a los niños españoles una redacción sobre: «Los americanos en la Luna».

Si en los años cuarenta se ponía un énfasis de superproducción Cecil B. de Mille en la recepción del precario Rey Abdullah de Jordania, era porque no estábamos sobrados de visitantes. Pero ahora tenemos dónde escoger. Hay centros de interés por doquier. Sería interesante que los tele-reportajes sobre la guerra de Vietnam no se limitaran a reflejar la capacidad de andadura de los soldados y «jeeps» norteamericanos. A juzgar por esos reportajes, la guerra vietnamita consiste en un paseo de altos chicos americanos y bajos chicos sudvietnamitas por entre exuberantes vegetaciones. De vez en cuando deberán detenerse, incluso matar un poco. Ya se sabe: en la guerra, como en la guerra.

Podrá argüirse que mostrar el aspecto malo del **american way of life** sólo favores produciría a los enemigos de Occidente. Pero es un planteamiento ingenuo. El público está lo suficientemente saturado, maledado, informatizado como para comprender que los niños, mujeres y ancianos asesinados en las matanzas recientemente descubiertas en Vietnam, algún grado de culpabilidad tendrían. ¿Cómo podría ser de otra manera? ¿Cómo es posible que esos chicarrones rubios, que dan saltitos sobre la Luna, deliciosas Alicias en el País de las Maravillas, maten a mujeres, ancianos y niños sin causa justificada?

Dieciocho millones de españoles iniciaron su carrera espacial con el segundo alunizaje. Quisiéramos ayudarles a proseguir por tan brillante porvenir. Quisiéramos hacer de ellos unos auténticos cosmonautas. El camino está lleno de obs-



Los cosmonautas enseñan la brillante y regular dentadura colectiva del pueblo americano como retaguardia de una sonrisa ampliamente dibujada...

táculos. Pero pueden darse incluso éxitos espectaculares.

¿Quieren ustedes ser cosmonautas en quince días?

## Contamos con usted

Es lógico que la carrera espacial no esté al alcance de todo el mundo. Hay que tener buena salud, no padecer vértigo y ser poco hablador. Es interesante un cierto saber tecnológico o al menos tener una mente despierta para comprender todo el comportamiento convencional que hay que seguir en una cápsula espacial.

Si usted reúne estas condiciones, ya ha dado un buen paso. Pero...

Pero aún le quedan muchos por dar. ¿Mide usted más de 1,75 de estatura? La alimentación agrícola española suele dar hombres bajos. La alimentación urbana ha elevado la estatura media a niveles competitivos.

Es muy probable que un español bajito en la Luna haga lo que pueda hacer un americano alto. Ya se sabe...

Los españoles, dónde no llegamos con la mano llegamos con la punta de la espada.

Pero los americanos necesitan un tipo de cosmonauta más bien alto y recio, para imponer respeto a los ciudadanos del Sudeste asiático (tienen la ri-

dícula estatura media de 1,55). Imagínense ustedes al hacinado mundo antropológico del Sudeste asiático sentado en cuclillas ante un cuenco de arroz blanco, y arriba, muy arriba, en la galaxia, una nueva síntesis antropológica cosmonáutico-militar-norteamericana, alimentada con «roast-beef» y cerveza de lata. Si usted es un hombre ingenuo, preguntará: «¿Por qué los norteamericanos no envían a la Luna a los guapos de Hollywood? Bien está que los via-

tampa de lo que el americano medio cree de sí mismo.

Si usted da el tipo, habrá dado un paso decisivo para la conversión en cosmonauta en cómodos plazos. Si tiene usted la estatura reglamentaria, debe procurarse inmediatamente las cualidades humanas y morales que han tenido hasta ahora todos los cosmonautas USA: buenos, sencillos, afables, caritativos, ex jugadores de base-ball o rugby, practicantes de juegos infantiles con sus hijos, cariño-

por MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

jes espaciales sean, en un 40 por ciento, una plataforma de propaganda exterior, pero, ¿y la política interior?» Los programadores de la carrera espacial saben que el supermán con gasas que se pasea por la Luna debe impresionar a los homínidos de la zona de influencia USA, pero no apabullar a la inmensa mayoría de supermanes americanos que se quedan en Tierra. Todo lo contrario. Tan claro debe quedar que con 1,55 de estatura y alimentación arrocerca no se puede llegar a la Luna, como que cualquier americano medio puede llegar. De ahí que los cosmonautas hasta ahora seleccionados den la es-

posos, religiosos (incluidos masones), buenos vecinos, amantes de la vida al aire libre, competitivos, pro-americanos, anticomunistas y apolíticos, sobre todo muy apolíticos y aideo-lógicos.

¿No se ha desanimado todavía? Usted es un hombre llamado a altas empresas, incluso es posible que llegue usted a la Luna. Usted es un hombre con el que se puede contar.

## Cuidado con la familia

Queda el espinoso campo de la familia.

Es importante la fidelidad.

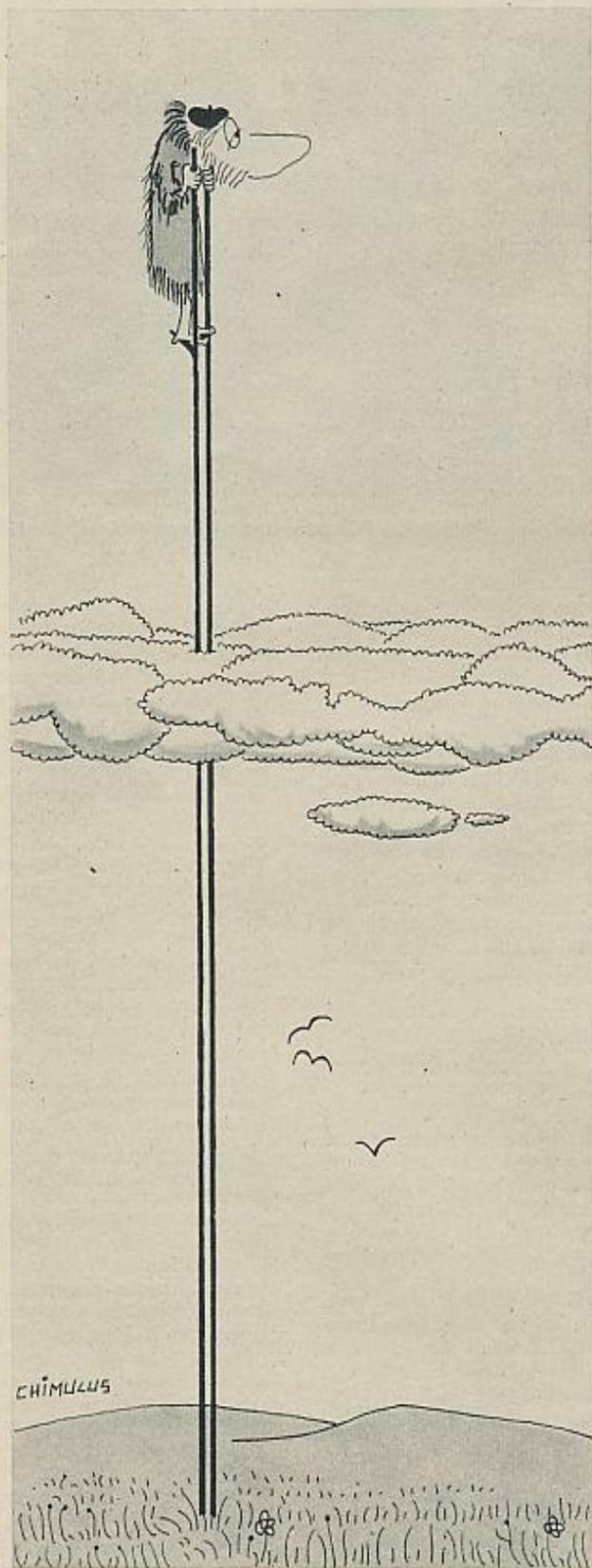
¿Qué pensaría el pueblo si mientras un cosmonauta está en la Luna su señora toma un «hot-dog» con un comerciante de Tulsa? ¿Qué pensaría el pueblo si tras la cuarentena se produjera la embarazosa escena de dos mujeres, con derechos desiguales, esperando la descuartización del cosmonauta?

Ignoramos si la NASA obliga al cosmonauta y su esposa a ser fieles mutuamente durante el periodo de celo cosmonáutico. Algo de esto debe haber cuando el único divorcio de cosmonauta se ha producido bastantes meses después de la hazaña de un vuelo orbital.

La estampa de la esposa de cosmonauta es muy importante. Los americanos no han enviado ninguna mujer a la Luna porque, desde los tiempos de la ácrata, sufragista y libre amorosa señorita Goldman, el país ha cuidado en extremo la integración de sus mujeres en la domesticidad del supermercado. Los españoles agrarios sostienen que los lugares más idóneos para la mujer son dos: uno de ellos, la cocina. Los americanos amplían el campo de posibilidades femeninas: el supermercado, el consultorio psiquiátrico, un crucero por las Bahamas... Indudablemente, es un país mucho más rico que el nuestro. No creemos que la presente generación presencie el vuelo de una norteamericana

## ¿QUIERE VD. SER COSMONAUTA EN QUINCE DIAS?

### GHIMULUS



hasta la Luna. El viaje es largo y los hornos automáticos no estarán lo suficientemente perfeccionados como para garantizar que mientras la señora-vuela no se le queme el «roast-beef». Claro que podrían viajar solteras, pero después de verlas tan gordas y saltarinas sobre la superficie lunar, no se casaría con ellas ni el estrangulador de Boston.

Una mujer de cosmonauta que se precie ha de ser: buena, sencilla, afable, caritativa, ex jugadora de yo-yo, madre amorosa, esposa cariñosa, religiosa (a ser posible que no sea masona), buena vecina, amante de lo que ama su esposo, competitiva, pro-americana, anticomunista y más apolítica y aideológica que su marido. En cuanto a su cualidades físicas, mucho mejor si no es ni fea ni guapa, sino todo lo contrario. Una señora de aspecto agradable, que no repugne, pero que tampoco sea descada. La carrera espacial es la cara noble de la política exterior USA. Ha sustituido en este cometido a la buena leche en polvo y al queso paralelepípedo. La carrera espacial es la Beneficiencia Espiritual: la Belleza, la Verdad, la Dignidad, la Perfección, la Técnica, la Humanidad, el Progreso, la Virtud, etcétera, etcétera.

Los niños merecen capítulo aparte.

Es conveniente que los niños no estén muy crecidos. Los adolescentes no suelen ser fotogénicos. Lo más conveniente de todo es tener un niño de siete u ocho años con pecas y algo mellado. ¿Se han dado casos (así lo asegura la perversa propaganda antinorteamericana) de hijos de aspirantes cosmonáuticos artificialmente mellados por dentistas para que resultaran más fotogénicos? No lo creemos.

Este niño cosmonáutico propicio debe tener un lenguaje desenvuelto («Mi papá es un tío cogolludo»), pero, en el fondo, ser: bueno, sencillo, afable, caritativo, etc., etc. Algo travieso es conveniente que lo sea. Algunas veces se han desmesurado las cosas y han prosperado cos-

monautas con niños bizcos. Lamentable error que ha testificado la publímetría de la NASA. Un niño bizco desinteresa al público sobre los éxitos cosmonáuticos de su papá.

Si usted sigue sumando condiciones, no sabemos qué ha esperado hasta ahora. ¿Cómo es posible? ¿Tendrían razón los regeneracionistas cuando aseguraban que el nuestro era un pueblo con complejo de inferioridad? Pero, ¿qué ha hecho usted hasta ahora? ¿Mirar la «tele»?

Prepárese a aportar su óbolo en la conquista de la Luna.

### ¿Qué tal estamos de retórica?

¿Todos los americanos son como Gary Cooper?

El reciente ciclo transmitido por TVE suponemos que ha estado financiado como el lanzamiento de una marca de cigarrillos, porque si no no nos explicamos tamaña propaganda del héroe americano. ¡Qué tío! Desoye las órdenes del mando militar en *El proceso del comandante Mitchell*, desoye el mal gusto establecido en *El manantial*, y en *Puente de mando*, el profético estratega del portaaviones, también forcejea lo suyo con los mandatarios del país. Este ciclo de Gary Cooper ha tenido un marcado cariz subversivo contra el espíritu jerárquico, base de la disciplina de los ejércitos organizados. Nos limitamos a constatarlo. Doctores tiene la Iglesia.

No, no creemos que todos los americanos sean como Gary Cooper. Los que apretaron el pulsador de la ametralladora en *My Lay* obedecían órdenes, eran «alemanes» cualquiera, no excelsos Gary Cooper.

En cambio, si se parecen a Gary Cooper los cosmonautas. Es curioso. Todo encaja. Incluso la sobriedad lingüística de los cosmonautas: «¡Oh, es maravilloso!», suelen decir.

No hay duda de que una fase importante de la reducción espacial del futuro cosmonauta pasa por las aulas de Retórica



¿Cómo es posible que estos chicarrones rubios que dan saltitos sobre la Luna, deliciosas Alicia en el País de las Maravillas, maten a mujeres, ancianos y niños en el Vietnam?

Americana. Los publicitarios saben que el momento no tiene desperdicio. Dieciocho millones de españoles, por ejemplo, consumidores de estrategia pronorteamericana, están a la espera de lo primero que dirá Gary Cooper cuando llega a la Luna. Si analizamos las primeras frases espaciales que han jalonado hasta ahora esa patraña progreso-humanitarista que hemos convenido llamar carrera espacial, veremos la presencia clarísima de dos escuelas literarias perfectamente diferenciadas. En la descripción de la estratosfera realizada por Gagarin se veía la imagería grandilocuente de Essenin, el amplio ademán de Evtuchenko, la delicadeza del alma eslava. El profesor de frases que tuvo Gagarin era un espíritu cultivado, y así de literaria quedó la cosa.

En cambio, los profesores de retórica del cosmonauta americano se han empeñado por un camino pioneril que no me parece del todo acertado: **Es magnífico, Ahora volvemos, Esperadnos a cenar...** ¡Qué tíos! Esta exclamación aparece como una silenciosa boca de tebeo sobre la inmensa berroqueña cabezota nacional de dieciocho millones de espectadores. Es la misma frase que provoca Gary Cooper cuando se afeita con un cuchillo y sin jabón en **Tambores lejanos**. ¡Qué tíos! Están jugándose el tipo allí arriba y como si nada: **Es magnífico, Ahora volvemos, Esperadnos a cenar...**

Temerario.

Pero, repito, esta retórica es

un arma de dos filos, sobre todo juzgada desde la perspectiva culturalista del público europeo. Las fatigosas clases de retórica que deben padecer los cosmonautas americanos, con el auxilio inestimable de computadoras especializadas en el habla de Gary Cooper y de John Wayne, deberían ampliar los criterios de base e introducir unas gotas de panteísmo emersoniano o de lujuria simbólico-naturalista a lo Walt Whitman.

La causa de Occidente se vería muy apoyada si, a partir de ahora, los cosmonautas, al llegar al Mar de la Tranquilidad, recitaran una canción aborigen de los indios Chippewa:

**Mi música  
sube  
hasta el cielo.**

o el primer verso del poema de Whitman, titulado «¡Oh, capitán, mi capitán!».

**¡Oh, capitán, mi capitán!  
Nuestro viaje terrible ha ter-  
[minado.**

o versos de Emily Dickinson:  
**Esta es mi carta para el  
[mundo  
que a mí no me escribió ja-  
[más.**

El éxito de la propaganda espacial estaría asegurado. Entonces sí que ya nadie asociaría a ese lírico cosmonauta con el «alemán» vietnamizado que no ha tenido piedad del terror primario de un niño de dos años. Imposible aceptar que fuera americano. No hay duda de que se trata de una maniobra de **Los Invasores**, que han adoptado una encarnadura norteamericana.

Entendámonos, porción proporcional de compatriotas lectores de TRIUNFO que habéis contemplado la hazaña espacial: no es que el actual nivel retórico del cosmonauta norteamericano medio no sea aceptable. Tiene su público, es indudable. Pero, en aras de la perfección de la operación espacial, me atrevo a aconsejar una mayor carga literaria, alguna evidencia de que la antorcha cultural nacida en la Grecia de Aristóteles, y comprada por Rockefeller en alguna pública subasta, está en buenas manos.

Creo que un cosmonauta español (lamentablemente, no parece vaya a programarse ningún cosmonauta español ni siquiera en el III Plan de Desarrollo) pondría dosis de lirismo muy conveniente. Los supervivientes del garcilasismo y los poetas agrícolas que siguen cantando el queso manchego, los burros de Manzanares y el caramillo de pastores preemigrados, podrían crear unas frases lunares preciosas:

**¡Santiago, cierra la Luna!...**  
O bien:

**¡Llegamos a la Luna sin pri-  
[sas, pero sin pausas!**

Creo que la retórica no es su problema, y que si usted, porción de esa españolidad de dieciocho millones de televidentes que han contemplado el alunizaje, supera todos los requisitos anteriores, la retórica nacional cubre todas sus necesidades en este aspecto. Y si no las cubriera, aquí estamos los de TRIUNFO para echar una mano y prestarle una frase progresista y constructiva. Por ejemplo:

**¡Hay que desmitificar la carrera espacial!**

O bien:

**¡La Luna para quien la trabaja!**

## ¿Para qué?

Muy bien. Ya le tenemos a usted, español seleccionado, en la Luna. Y ahora, ¿qué?

Usted no tiene ningún Vietnam que defender desde la Luna. Usted no tiene ninguna capacidad de bombardeo interestelar desde la Luna. Usted ha perdido el tren de la Macrohistoria, amigo mío. Usted, bastante trabajo tiene con reivindicar la memoria de Miguel Servet. Usted, aunque entre nosotros y para estar por casa sea un señor importante, en este asunto ni pincha ni corta, ni chicha ni limoná. Allí arriba, los optimistas dicen que se está dilucidando la contradicción fundamental de la Era Industrial. Los pesimistas dicen que se dilucida una simple cuestión de hegemonías nacional-tecnológicas. Sólo los tontos, amigo mío, dicen que allí se dilucida un hermoso desafío a la capacidad de superación del espíritu humano.

Esa «kermesse» propagandística, publicitaria, en que se ha convertido la carrera espacial, forma parte del «show» de Bob Hope, que tiene su primer acto en la rampa de lanzamientos de Cabo Kennedy y el último en la aldea vietnamita de My Lay. Un consejo: Si usted quiere ser cosmonauta, adelante. Tal vez se salve del naufragio terrícola. Pero si usted no tiene todo lo que aquí hemos exigido para poder aspirar a ser cosmonauta, enfrente al televisor con un espíritu muy diferente. Fíjese bien dónde van emplazando los observatorios lunares. Sólo así, en el transcurso de la tercera guerra mundial, sabrá de dónde le cae la bomba perdida.

Esperemos que tengan el buen gusto de no televisar el dramático error. ■ **MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN.**